Vuelta de los días

La decadencia del Profesor

"La decadencia de la civilización occidental es un hecho próximo e inevitable. También es un hecho que beneficiará a la mayoría de la humanidad porque permitiría a los diferentes segmentos de la especie disfrutar de una manera más equitativa no sólo de los recursos del planeta sino del poder para controlar su futuro". Esto fue lo que dijo en una reciente conferencia (Relth Lectures), el señor Alí Mazrui, descrito en un folleto de publicidad de la BBC de Londres como profesor de Ciencias Políticas en la Universidad de Michigan. Peter Simple comenta en *Encounter* (Febrero de 1980): "Es posible que la civilización occidental decline y que esa decadencia beneficie a la mayoría de la humanidad. Pero ese acontecimiento no favorecería al profesor Alí Mazrui. Sin la civilización occidental no existiría una Universidad de Michigan donde él podría ser profesor, tampoco existirían las Ciencias Políticas que dice enseñar; ni rápidos medios de comunicación para transportarlo a Londres e impartir conferencias; ni técnicas de radiocomunicación para difundirlas ampliamente; ni imprentas para imprimirlas en los folletos de la BBC; ni una red de distribución para hacer llegar esos folletos a varios miles de lectores... La decadencia de la civilización occidental significaría, en suma, la decadencia y la desaparición del profesor Alí Mazrui. No constituiría, claro, una pérdida irreparable".

La ciencia fracasada

Bajo este encabezado, nada menos que *The Economist* publicó una nota sobre la ciencia económica en los últimos años ("The unsuccesful science", 29 XII 79). En su opinión, el premio Nobel para los economistas, recientemente creado, debería descontinuarse. Lo que Edmundo Flores dijo para México, ahora lo dice un premio Nobel de economía: parece que las cosas salen mejor cuando no se escucha a los economistas.

El fracaso fundamental se refiere a la inflación. Todos los conocimientos supuestamente científicos se han estrellado contra la realidad. Hay desacuerdos teóricos profundos sobre sus causas y remedios. Dicho de otra manera: no se sabe.

Quizá *The Economist* y los economistas no toman en cuenta que en las ciencias sociales puede haber saberes asimétricos: de saber que ciertas causas producen ciertos efectos, no necesariamente se sigue que lo contrario a esas causas produzca lo contrario a esos efectos.

Supongamos que se le entregue a los economistas una economía estable, con el encargo de producir una inflación. No hay duda de que, para este efecto, saben muchísimo y hasta disponen de una gran variedad de métodos científicos para llegar a su objetivo. Pero si, a continuación, les pedimos que produzcan el efecto contrario, resulta que su saber es asimétrico: no hay ninguna seguridad de que baste con aplicar lo mismo, al revés, para acabar con la inflación que produjeron.

G. Z.



Modernos detectives del pasado

Casi tres siglos después de los hechos, los investigadores ingleses Laila Johnson y Myron Wolbarsht y los sudafricanos P.E. Spargo y C.A. Pounds, simultáneamente y por separado como suele ocurrir en ciencias, cavilan sobre los peligros de ser alquimista, chuparse los dedos y vivir en un cuarto encarnado, y diagnostican la terrible y hasta hoy desconocida enfermedad que sufrió Isaac Newton a los 50 años. El equipo sudafricano confirma además la común hipótesis gracias a un relicario de familia...

En 1692, Newton llegó a sentirse desesperado. Padecía un insomnio atroz que lo mantuvo hasta cinco días despierto y hasta quince sin más de una hora diaria de mal sueño, amnesia, trastornos digestivos, fuertes depresiones y delirio de persecución. El mismo, con toda su ciencia, atribuía su estado a la mala costumbre de dormirse junto al fuego y a los rastros de "una enfermedad epidémica del último verano" —como lo dijo por carta a John Locke. Sus biógrafos, igualmente equivocados y poco cuidadosos con las fechas, hablan, uno de ellos, de un *break down* de Newton tras la muerte de su madre (¡ocurrida 13 años antes!); otro, de un agotamiento físico y mental debido a la redacción de los *Principia Mathematica* (cinco años anterior); otro más, del rudo golpe de un incendio (también alejado en el pasado) en el que perdiera su laboratorio y valiosos documentos.

Hoy no hay dudas de que Newton era víctima de un grave envenenamiento provocado por los metales que usaba en sus experimentos ópticos y sus búsquedas de alquimista entusiasta. En sus cuadernos, apuntó 108 veces que había *probado* diversas materias: "insípida", "dulzona", "salobre", "con fuerte sabor a vitriolo", dice en esas notas. Además de olerlas o ingerirlas, manejaba (sin guantes) substancias tóxicas y